



PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL

# HUYE SIN MIRAR ATRÁS

LUIS LEANTE

edebé

**periscopio**

# **HUYE SIN MIRAR ATRÁS**

**PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL**

LUIS LEANTE

# HUYE SIN MIRAR ATRÁS

PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Anna Gasol, Sra. Rosa Navarro Durán, Sr. Robert Saladrigas y Sra. Care Santos.

© Luis Leante, 2016

© Edición Cast.: Edebé, 2016  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de la colección:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

*Diseño:* BOOK & LOOK

*Fotografía de portada:* Shutterstock

1.ª edición, febrero 2016

ISBN 978-84-683-1771-7

Depósito Legal: B. 1596-2016

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Candelas*

## Capítulo uno

**H**ay tantas cosas que querría contarte, que no sé por dónde empezar. Además, me resulta extraño hacerlo, sobre todo porque sé que nunca vas a leerlas. Eso es lo que más me entristece y me hace dudar.

Víctor dice que no se me da mal escribir: contar historias y todo eso. No sé si será verdad o si lo dice para darme ánimos. Mamá también piensa que se me da bien. Ella no ha leído casi nada de lo que escribo, creo; únicamente las redacciones y cosas así que me mandan en el instituto. Es en lo único en lo que saco buenas notas, además de Educación Física. Por eso lleva ya un tiempo animándome a que escriba todo lo que me ha pasado en los últimos meses, o en los últimos años, según se mire.

Lo que de verdad se me da bien —modestia aparte— es el yudo. Imagino que esto no te sorprenderá porque, según he ido descubriendo con el tiempo, tú también lo practicabas. He visto algunas fotografías tuyas, aunque en casa no hay muchas, esa es la verdad. Dice mamá que no te gustaba nada salir en las fotos. A mí tampoco. Prefiero hacerlas yo. Hay una en la que apareces con tu *judogi* y una medalla en la mano que acababas de ganar

en alguna competición, imagino. Dicen que eras muy bueno y que ganaste unos cuantos campeonatos. Por desgracia no lo recuerdo. Se me borraron los recuerdos de aquellos años, o mejor dicho, se me borraron tus recuerdos, que no es lo mismo.

Es algo muy extraño lo que me pasa: veo las pocas fotos que tiene mamá, oigo hablar de ti a Víctor, pero no me acuerdo de haber estado nunca contigo. Es como si me hablaran de un extraño. No tengo imágenes de tu cara, ni recuerdos de tu voz, ni de nada que tenga que ver contigo. A veces me lo invento. Es una forma tonta de engañarme, lo sé. Me acuerdo de muchas cosas que según mamá y la abuela hacíamos juntos tú y yo, pero no apareces en esos recuerdos. Te has borrado. Según el «especialista» —así es como mamá lo llama—, cuando te sucedió «aquello», yo sufrí un *shock* tremendo y a partir de ese día mi mente decidió por su cuenta seleccionar las cosas que me hacían daño y las que no. Y las primeras las borró todas, o casi todas. No sé si lo que me pasa es bueno o malo, pero según dice el «especialista» eso me ha ahorrado muchos sufrimientos. Y él qué sabrá.

Supongo que también por eso he tenido problemas en los estudios. Digo «también» porque hay unas cuantas cosas más que no me han ido muy bien desde que tú no estás. Para que te hagas una idea, con quince años tendría que estar haciendo cuarto curso en el insti y, sin embargo, estoy en segundo. Sí, ya ves, repetí un año en primaria y otro en secundaria. La gente de mi edad empezará bachillerato el próximo curso, y yo tendré que seguir un par de años más con estos nuevos amigos que me vienen un poco pequeños, como si

no fueran de mi talla. Entiéndeme que no lo digo con desprecio. Es que trato de llevarlo con humor. Lo que pasa es que me da rabia ver cómo me quedo descolgado de los colegas de siempre, porque ellos están ya en otra onda. Y, además, el cambio de instituto me perjudicó mucho, aunque mamá no quiera reconocerlo.

Lo que quería decirte es que me he quedado descolgado de muchas cosas. Las chicas de mi clase tienen dos años menos que yo. Las veo algo infantiles. Y las que de verdad me gustan van dos cursos por delante, o tres. Aunque no dicen nada cuando estoy con ellas, yo sé que me miran como el repetidor, el que se ha quedado en el piso de abajo. Una vez Carolina, que está en cuarto, me dijo: «Es que tú eres problemático». Si me lo hubiera dicho otra, la habría mandado a tomar viento fresco, por decirlo con delicadeza, pero Carolina me gustaba. Y me dolió aquello que me dijo. El psicólogo del instituto me ha tratado de convencer muchas veces de que eso no es así, que los amigos —«también las chicas», puntualiza— me aprecian y que no debo sentirme marginado. Me pregunto yo qué sabrá un comecocos de marginaciones e historias de esas. ¿Acaso él ha repetido dos cursos en cinco años, como yo? Pues no. Además, se lo pregunté y me confesó que él había sido un buen estudiante. Seguramente habrá estudiado toda la vida con los amigos que hizo en primaria, habrá ido a la universidad y se habrá casado con alguna compañera de clase, como todos los psicólogos. Eso es lo que dice Víctor, que los comecocos se casan con otros comecocos porque siempre están hablando de lo mismo y no hay quien



los aguante si no es alguien como ellos mismos. Víctor es la leche. No sé si te acuerdas de Víctor Salcedo. Él dice que se acuerda bastante de ti y eso me da mucha envidia. También rabia, porque yo no puedo luchar contra esa puta falta de memoria.

Perdona, no quería decir palabrotas. Le he prometido a mamá que no las diré. Lo de las palabrotas es una de las cosas que peor lleva mamá. Dice que antes yo no las decía y que a ti te molestaba mucho que la gente hablara así. Yo las digo mucho, es verdad, aunque cada día trato de cortarme más. Ya lo tengo casi controlado.

Mi relación con mamá no ha sido precisamente muy buena en estos últimos cinco años. Sé que esto no te habría gustado saberlo, pero es la verdad. En mi defensa te contaré que ahora las cosas están cambiando. Sí, desde hace un par de meses, más o menos. También yo he sufrido en estos años, y al principio llegué a echarle la culpa a todo el mundo, porque pensaba que no entendían lo que me estaba pasando. Ahora sé que la culpa no es de nadie. O mejor dicho, es de la vida, que a veces se pone cabrona. Ponerse «cabrona» no es una palabrota. Lo he leído en un libro que nos mandaron para hacer un trabajo en el insti. Y si está en un libro no puede estar mal dicho. Lo que quiero decir es que ahora sé que mamá no tiene la culpa de nada de lo que me ha pasado en estos últimos años. Bueno, quizá su única culpa haya sido estar demasiado encima de todo lo que yo hacía. A veces me resultaba agobiante. «Enrique, llámame cuando llegues a casa». «Enrique, ponte a hacer los deberes». «Enrique, hay vida más allá del yudo». «Enrique, tú antes no eras

así». «Enrique, me tienes preocupada». Creo que mamá está cambiando ahora también, como yo, porque los dos hemos comprendido muchas cosas que antes no entendíamos. Eso es lo que creo.

Ella sigue con su trabajo como asistente social. En eso no ha cambiado nada. Pero hace tiempo que no vivimos en Madrid, porque dice mamá que aquella casa estaba demasiado cargada de recuerdos. ¿Recuerdos?, es curioso, ¿qué recuerdos? Serán los suyos, por supuesto, porque los míos casi no existen. Yo siempre le he reprochado a mamá que nos cambiáramos de casa, porque pienso que si hubiéramos seguido allí quizá las cosas habrían sido distintas. Al principio, cuando te pasó «aquello», nos fuimos a vivir con la abuela. Según mamá, iba a ser por un tiempo, pero ese tiempo se convirtió en dos o tres años, porque ella no quería volver a casa. Luego nos vinimos a Coslada, porque mamá quería empezar una nueva vida. No me preguntó si yo quería empezar también una nueva vida o cambiar de insti. No te imaginas cuántas veces hemos discutido por eso. Yo le digo que para empezar de nuevo hace falta algo más que moverse unos cuantos kilómetros, mucho más que eso, porque el resto de su vida sigue siendo exactamente igual: del trabajo a casa y de casa al trabajo. Una vez a la semana vamos a visitar a la abuela a Madrid, y poco más. Ahora vivimos en una casa de dos plantas, que se supone que es muy bonita —y no digo que no lo sea—, con buhardilla y un pequeño jardín, además del garaje, donde caben dos coches, aunque solo tenemos uno. En fin, no sé si a ti te gustaría esta casa. A mí no me gusta ni me disgusta, porque

apenas recuerdo cómo era nuestra casa de antes y no puedo comparar.

Dice mamá que cuando te pasó «aquello» caí en una depresión. A mí me parece que exagera. No sé si a un niño de diez años puede pasarle algo así. Lo que sí sé es que los estudios dejaron de interesarme. Al parecer, hasta entonces había sido un buen estudiante, mejor incluso que Víctor. Se me daban bien las Matemáticas, pero lo que más me gustaba era la Lengua. Y el deporte, claro. En lo del deporte soy igual que tú. Luego empecé a pasar de todo, menos del yudo. Para mamá fue muy traumático, porque las cosas ocurrieron muy deprisa. No digo que fuera de la noche a la mañana, pero sí muy seguido todo.

Cuando cumplí once años, mamá me llevó al «especialista», un comecocos que alguien le recomendó. Menuda recomendación. Yo le decía para enfadarla que si lo hubiera buscado por Internet no habría sido tan malo ni tan caro, porque se gastó una pasta. Estaba muy preocupada por mí. En poco tiempo no solo perdí el interés por el colegio, sino que dejé de comer, empecé a tener pesadillas horribles y me convertí en una auténtica mosca cojonera para los amigos. Yo hacía las cosas sin medir las consecuencias. Esa expresión me la enseñó el «especialista». Siempre me decía que tenía que aprender a medir las consecuencias, y yo me partía el pecho de risa al imaginarme con una cinta métrica, corriendo todo el día de aquí para allá detrás de las consecuencias para medirlas. No me digas que aquel hombre tan serio y tan estirado no era un cachondo en el fondo, aunque fuera muy en el fondo.

Un día, en quinto de primaria, cogí de la mesa el teléfono móvil de Pilar de Pablo, la maestra de *Cono*, y lo tiré a la taza del váter. Se montó una que no veas. Llamaron a mamá al trabajo y tuvo que venir al colegio a toda prisa. Todos se pusieron hechos una furia conmigo y yo no entendía por qué. Ahora sí me doy cuenta de la tontería que hice, pero en ese momento me parecía de lo más normal. Sentía que el mundo iba por un sitio y yo por otro. Además, Pilar me quería mucho y yo también la quería. Cuando me dio clase en tercero, me puso sobresaliente. El director del cole y mamá no hacían más que preguntarme por qué había hecho aquello con el móvil, y yo me encogía de hombros. ¿Y por qué no iba a hacerlo?, me preguntaba yo. Era como si los teléfonos móviles de los maestros estuvieran ahí para que alguien como yo los atrapara y los tirara al váter. No podía entender cuál era el problema. El «especialista», que debía de ser el tipo más listo del mundo —lo digo con ironía, pero aquí no quedarían bien unos emoticonos—, le dijo a mamá que yo me comportaba así porque era una forma de llamar la atención, o de pedir ayuda, ya no me acuerdo. Menudo tío listo.

Reconozco que le he hecho perder la paciencia muchas veces a mamá. Pero también te confesaré que no me siento orgulloso de eso.

Una vez, en el patio del insti le di un puñetazo a Víctor Salcedo en la mandíbula y cayó fulminado al suelo. Se mareó y empezó a decir cosas sin sentido. Yo pensé en ese momento que estaba haciendo teatro, pero cuando vi la cara con que me miraban todos entendí que me había pasado con el puñetazo. Además, la mano me

dolía un montón. Fíjate, el pobre Víctor, con lo buenos amigos que éramos desde niños. Bueno, y lo seguimos siendo, aunque ahora él vaya dos cursos por delante de mí y yo haya cambiado de instituto.

Lo del puñetazo fue por una tontería. No me acuerdo de qué estábamos hablando; de fútbol, me parece. Y Víctor me llevó la contraria en algo, no sé, seguramente era una estupidez. Empecé a alterarme y él me dijo «pero qué te pasa, chaval, no te pongas así, tranquilo». Lo repitió dos o tres veces, y cuanto más me decía que me tranquilizara, más furioso me ponía yo. Entonces, al verme tan alterado, me pidió perdón. Y yo, en vez de darle la mano, me cabreeé más todavía, hasta que Víctor me agarró por el hombro y me dijo «*tranqui*, tío, que no pasa nada». Y yo le aparté la mano con rabia y le grité «no me toques, que no me toques», muy alterado. Y Víctor abrió los brazos y dijo «¿qué pasa?, ¿me vas a pegar?». Y eso fue precisamente lo que hice. Pero fue sin pensarlo, te doy mi palabra. Levanté el puño y le solté un puñetazo con todas mis fuerzas en la mandíbula. No puedes imaginarte el daño que me hice. Lo que sí podrás imaginar es la sorpresa que se llevó el pobre Víctor y lo que debió de dolerle. Cayó al suelo como si fuera un saco medio vacío. Enseguida los demás empezaron a gritarme «animal» y cosas así. Y cuanto más me gritaban, más me cabreaba yo. Al final llamaron al profe de guardia, y como no me calmaba, vinieron otros dos y me llevaron al despacho del director.

No me siento orgulloso de lo que hice, la verdad. Al contrario, me avergüenzo cada vez que me acuerdo.

Víctor era mi mejor amigo. Por suerte sigue siéndolo. Pero hubo muchos otros que me dieron la espalda desde aquel día. Ahora entiendo que lo hicieran. Fui un animal, tenían razón. Pero yo entonces no lo veía así. Me parecía que ellos eran unos blandos y unos flojos. El revuelo fue enorme, como lo del móvil de Pilar de Pablo, o peor, porque yo no era ya un niño precisamente. Me abrieron un expediente y me expulsaron dos semanas del instituto. Al principio me alegré, pero fue peor que ir a clase, porque los profes me mandaban los deberes a casa y mamá me obligaba a hacerlos. Los hice a regañadientes, sobre todo para no discutir con ella.

Al cabo de unas horas de haberle dado aquel puñetazo a Víctor, estaba muy arrepentido de lo que había hecho. Eso me pasaba mucho antes, que me crecía, me crecía, y luego me desinflaba como un globo y me odiaba por lo que hacía o por lo que decía. Me buscaba problemas de una forma absurda. Según el «especialista», padecía un trastorno de la autoestima. Me creía inferior, decía el listo aquel. Yo trataba de explicarle a mamá que no era inferior, sino diferente como me sentía. Ahora me doy cuenta de que eran las dos cosas.

Cuando cumplí las dos semanas de expulsión, volví muy avergonzado al instituto. Quería pedirle perdón a Víctor, pero no me atrevía. Supongo que me daba miedo que me mandara a freír monas. Veía a Víctor en el recreo, a lo lejos, con sus compañeros de clase, y me daba pánico acercarme. Es verdad que me sentía como una caca de vaca. Eso de la autoestima supongo

que será sentirse así, no sé. Pero a los dos o tres días Víctor se me acercó y me dijo «qué pasa, chaval», y yo le respondí «pues nada, tío, ya me ves, hecho un asco». Y entonces me pidió perdón. Así como lo oyes: fue Víctor quien me pidió perdón en vez de hacerlo yo. El mundo al revés, pensé. Nos abrazamos y empecé a llorar. Y él no hacía más que decirme «tranquilo, tío, que no pasa nada». Pero sí pasaba, por supuesto que pasaba. Entonces le dije «prométeme una cosa». Y él me miró y, sin preguntar, me respondió «prometido». «Prométeme que no le vas a contar a nadie que me has visto llorar». Y Víctor dijo «ah, pero ¿estás llorando?, pensaba que era risa». Y entonces fingí que le daba un puñetazo en la mandíbula, y él hizo como si se cayera hacia atrás, muy despacio, como a cámara lenta, y empezamos a partirnos de risa. Luego dijo «¿ves como te estabas riendo, tío?». Fue genial.

Por suerte para mí, Víctor Salcedo sigue siendo hoy mi mejor amigo, aunque nos separen tantas cosas. Nos vemos menos de lo que nos gustaría, porque al venirnos a Coslada tuve que cambiar de instituto, ya te lo he dicho, pero cuando nos juntamos es como si estuviéramos aún en infantil, con el babero puesto y tomando aquel puré asqueroso que me provocaba ganas de vomitar. Fíjate, me acuerdo de esos detalles, del puré y de unos baberos de rayas verdes que nos ponían en el comedor. Y, sin embargo, no me acuerdo de ti cuando me dejabas en la puerta del colegio y te quedabas un rato hablando con el conserje, o cuando venías a recogerme. Víctor sí se acuerda y por eso conozco algunos detalles así. Dice que algunas veces nos llevabas a casa a los dos en tu

coche y nos contabas chistes para niños de cuatro años. ¿Hay chistes para *mañacos* de cuatro años? Supongo que si Víctor lo dice, será verdad. No tengo ningún motivo para dudar de su palabra.

Cuando pasó aquello del puñetazo a Víctor, a mamá le afectó mucho. Ella trataba de entender lo que me estaba sucediendo, pero no le resultaba fácil, lo sé. Estos últimos cinco años han sido muy duros para ella, y reconozco mi parte de culpa. Me ocurría una cosa extraña: cuanto más la veía sufrir por mí, más sentía la necesidad de hacerle daño. No era exactamente hacerle daño, sino tensar la cuerda para ver cuánto aguantaba ella, como si necesitara que me demostrase lo que era capaz de hacer por mí. Mamá siempre ha pensado que mis problemas se podían solucionar hablando. Y yo llegué a hartarme de tanta charlita en plan coleguillas. No sé a cuántos cursos, cursitos y cursillos habrá ido mamá en los últimos años, pero son muchos, te lo puedo asegurar. Y todo para intentar entenderme, como si necesitara un manual de instrucciones que los hijos no traemos de fábrica. Si había un curso sobre educación de los hijos, allá que iba ella como una colegiala. Si había charlas sobre drogodependencia, mamá se apuntaba y se llevaba su libretita azul para tomar apuntes. A mí me daba mucha rabia. Sobre todo lo de las drogas, porque yo jamás me metí esa mierda, aunque la haya tenido al alcance de la mano. Y con el alcohol, lo mismo. Yo se lo decía y ella hacía como que me escuchaba, pero al final siempre contestaba lo mismo: «Bueno, esa información no me vendrá mal». Mamá siempre



veía peligros por todas partes, aunque me pasara las tardes en el gimnasio entrenándome.

El yudo ha sido mi mejor amigo —después de Víctor— en los últimos años. En general me gustan todos los deportes, y casi todos se me dan bien. Antes de los diez años quería ser futbolista, como la mayoría. También estuve un tiempo con el baloncesto. Pero por lo visto tú me metiste el gusanillo del yudo a los ocho años, creo. Yo recuerdo muchas cosas: el primer entrenador, el primer gimnasio, el primer cinturón, en fin, todo eso. Sin embargo, no te recuerdo sentado junto al tatami viéndome entrenar, aunque mamá cuenta que te pasabas horas allí. Tampoco recuerdo cuando practicaba contigo. Lo que sí recuerdo es que a partir de los diez años me lo tomé muy en serio. Hasta ahora.

Mamá nunca se atrevió a prohibirme el yudo, aunque estuvo bastante preocupada durante años por la cantidad de tiempo que le dedicaba. Ella siempre me llevaba a los entrenamientos y me recogía; me acompañaba a las competiciones; me compraba la equipación cuando crecía y se me quedaba pequeño el *judogi*. Creo, incluso, que se sentía orgullosa cuando ascendía de categoría. El yudo es lo único en lo que he sido constante en estos últimos cinco años. Mamá lo sabe y por eso no me lo ha echado en cara demasiado, aunque de vez en cuando se le escapaba —ya hace tiempo que no las oigo— alguna frasecita de las suyas: «Si le dedicaras a estudiar el mismo tiempo que al yudo, otro gallo te cantarían». Eso de los gallos ha sido durante unos años su frase favorita. Ahora no la dice tanto.

Algunas veces mamá se sentaba conmigo y me preguntaba si no había pensado nunca en mi futuro. Y yo le decía que no, que eso del futuro era para la gente mayor. Ella trataba de convencerme de que estaba equivocado, que de lo que se siembra se recoge y cosas por el estilo. Tengo una lista de sus frases por alguna parte. Esos discursitos me hacían mucha gracia al principio. Luego dejaron de hacérmela. Un día que estábamos en la cocina me preguntó:

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

Yo le respondí enseguida:

—Policía.

Le dije lo primero que me vino a la cabeza, sin pensarlo. Mamá se quedó callada un rato y, cuando me miró, tenía los ojos llorosos. Entonces entendí que lloraba por ti.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres que sea policía?

Y ella me respondió:

—Quiero que seas lo que tú decidas.

No era verdad. Yo sé que a ella no le hizo ninguna gracia. Y estoy seguro de que lo pensaba por ti, porque no quería que su único hijo acabara como tú, cuando te sucedió «aquello» de lo que nunca quería hablarme.

Una vez, al poco de venimos a vivir a Coslada, entré en su dormitorio para buscar algo y abrí el armario. Allí estaba tu uniforme, metido en una bolsa de plástico. Nunca lo había visto, o no lo recordaba. También encontré la gorra en una caja y otras cosas tuyas. Me quedé observándolo todo como si hubiera visto un fantasma. Seguramente estuve mucho tiempo allí clavado, sin moverme, porque mamá entró a bus-

carme y me encontré con los ojos muy abiertos y con la mirada perdida, como si estuviera desorientado. Me dio un grito que me sacó del atontamiento:

—¿Qué estás haciendo? ¡Cierra inmediatamente el armario!

Me asusté mucho y el corazón empezó a correr a toda pastilla. Me faltaba el aire y tuve que sentarme en la cama porque estaba mareado. Mamá siguió gritando, más asustada que yo.

—¿Qué te pasa? —repetía una y otra vez con apuro—. ¿Estás bien, Enrique? Por lo que más quieras, háblame, dime algo.

Yo no podía hablar. Movía la boca y no salían las palabras. Según mamá, perdí el conocimiento, aunque yo creo que simplemente me quedé dormido por el susto al oírla gritar y por el cansancio del entrenamiento de aquella tarde. Cuando me desperté, estaba en una camilla en el Servicio de Urgencias. El médico le dio un nombre técnico a lo que me había pasado. Ni me acuerdo, ni me interesa recordar la palabreja que dijo. Me mandaron reposo y unas vitaminas. Vamos, yo creo que eran unas vitaminas. Unas cápsulas rojas que parecían de plástico y que me costaba trabajo tragar. Al cabo de unos días, cuando pensé que ya estaba preparado para enfrentarme a la realidad, entré en el dormitorio de mamá, y tu uniforme y tus cosas ya no estaban allí. Busqué en otros armarios de la casa y en la buhardilla. Ni rastro. Mamá y yo no hablamos jamás de aquel incidente hasta hace un par de meses, cuando las cosas cambiaron y de alguna manera empezó nuestra reconciliación.

No, no era verdad que yo quisiera ser policía. No me gustan las armas ni los uniformes; no me gusta el riesgo ni la violencia. Bueno, en el cine sí, pero no en la realidad. Por culpa de todo eso tú ya no estás con nosotros. Lo que me gusta es el deporte. Todos los deportes y no solo el yudo, ya te lo he dicho. Me gusta la competición y me gusta ganar, pero no me siento hundido cuando pierdo, porque siempre pienso que el otro ha sido mejor que yo.

Dedicarse a cualquier deporte y vivir profesionalmente de él es muy duro. No son solo los entrenamientos, sino también la mentalización, el renunciar a muchas cosas que hace la gente de tu edad. Creo que no es eso lo que quiero. La competición me gusta, pero lo que más me gusta es competir contra mí mismo: ponerme retos e intentar superarlos. Y ahora te confesaré lo que me gusta de verdad. Si pudiera, sería periodista deportivo. Únicamente se lo he contado a mamá y a Víctor. Bueno, también a Teisa y a algunos de sus amigos. Si no lo voy contando por ahí es porque temo que la peña se burle. «¿Cómo vas a ser tú periodista si eres un cero a la izquierda? Para ser periodista hay que estudiar duro. De ilusión también se vive...», y cosas por el estilo. Según mamá, todavía estoy a tiempo de enmendarme en los estudios. No sé si lo dice para contentarme o si realmente lo piensa. Pero ahora estoy dispuesto a luchar por lo que me gusta, aunque lo lleve medio en secreto. Seguramente a ti te habría gustado que lo hiciera.